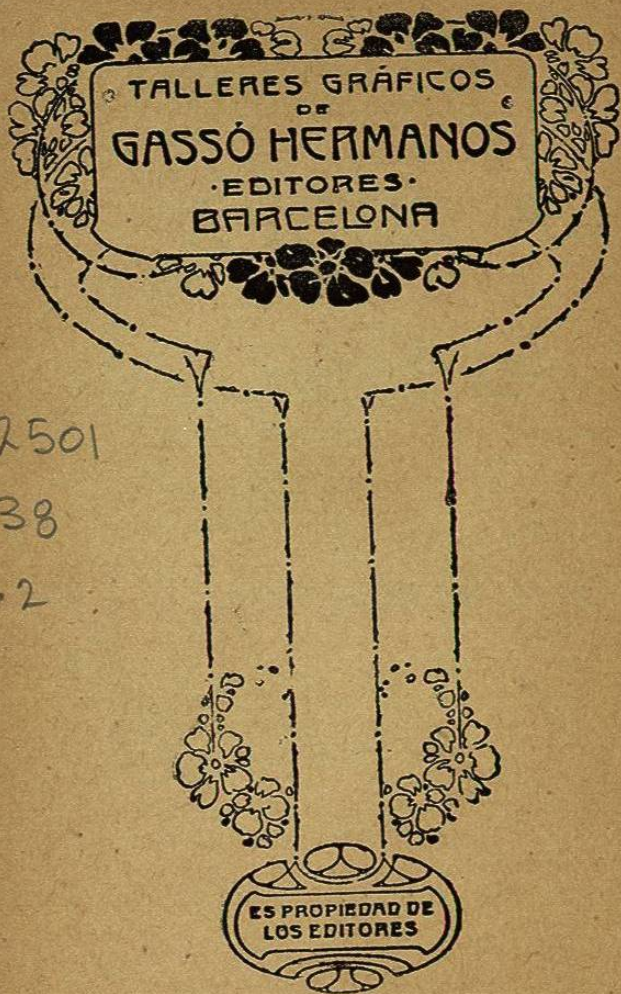


843
Z.



PQ 2501
F 38
v. 2

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

La culpa del Padre Mouret

XI

—¿Con que ya no salimos más?—preguntó Sergio unos días después.

Y viéndola encogerse de hombros cual si estuviese cansada, agregó como para burlarse de ella:

—¿Es decir que has renunciado a buscar tu árbol?

Y durante todo el día estuvieron hablando así, en tono de broma. El árbol no existía; era un cuento de nodriza. No obstante hablaban de él con ligero estremecimiento. Y al día siguiente resolvieron ir a dar un paseo por el fondo del parque, bajo las altas arboledas, que Sergio no conocía aún. La mañana de la partida, Albina no quiso llevarse nada; estaba pensativa, y hasta algo triste, con dulcísima sonrisa. Almorzaron y no bajaron sino hasta bastante tarde. El sol, ya ardoroso, les comunicaba cierta languidez, que les hacía andar lentamente el uno junto al otro, buscando las rendijitas de

sombra. Ni el jardín, ni el vergel, que hubieron de atravesar, les contuvieron. Cuando llegaron bajo la frescura de las grandes umbrías, todavía moderaron más el paso y penetraron en el dulce recogimiento de la selva, sin pronunciar una palabra, pero con profundos suspiros, como si hubieran experimentado un gran alivio al huir de la plena claridad. Después, cuando ya no tuvieron sino hojas a su alrededor, cuando claro alguno les dejó ver las asoleadas lontananzas del parque, miráronse sonrientes y vagamente inquietos.

—¡Qué bien se está aquí!—murmuró Sergio.

Albina movió la cabeza, sin poder contestar, tan apretada sentía la garganta. No iban cogidos por la cintura, como tenían por costumbre. Con los brazos pendientes y las manos abiertas, caminaban sin tocarse y con la cabeza un poco inclinada.

Pero Sergio se detuvo, al ver deslizarse las lágrimas por las mejillas de Albina y perderse en una sonrisa.

—¿Qué tienes?—exclamó Sergio.—¿Sufres acaso? ¿Te habrás herido?

—No, si me río, te lo aseguro—le contestó.—No sé, el olor de todos los árboles es lo que me hace llorar.

Le miró y prosiguió diciendo:

—Tú también lloras. Ya ves que esto es bueno.

—Sí—murmuró Sergio.—Toda esta sombra le sorprende a uno. Diríase ¿no te parece? que se penetra en algo de tan extraordinaria dulzura, que le hace a uno mal... Pero, habría que decírmelo, si tuvieses algún motivo de tristeza... Yo no te he contrariado. ¿Estarías tal vez incomodada conmigo?

Albina le juró que no. Sentíase, por el contrario, muy dichosa.

—Entonces ¿cómo es que no te diviertes? ¿Quieres que juguemos a quién corre más?

—¡Oh, no! A correr, no—contestó haciendo un mohín de muchacha mayor.

Y como Sergio le hablase de otros juegos, de

subir a los árboles para coger nidos, de ir en busca de fresas o de violetas, la joven acabó por decir con cierta impaciencia:

—Somos ya demasiado grandes. Es tonto el andar siempre jugando. ¿Acaso no te gusta más el andar de este modo, a mi lado, muy tranquilos?

Y andaba, en efecto, por modo tan agradable, que Sergio sentía el mayor placer del mundo al oír el ligero pisar de sus botinas sobre la dura tierra de la avenida. Jamás había fijado su atención en el contoneo de su cintura, en el viviente arrastre de su falda, que la seguía con rozamiento de culebra. Era una alegría que no se agotaría jamás, el verla así andar pausadamente a su lado, tales eran los nuevos encantos que descubría en la menor flexibilidad de sus miembros.

—Tienes razón—exclamó Sergio.—Esto es más divertido que todo. Así te acompañaría hasta el confín de la tierra, si lo quisieses.

No obstante, a algunos pasos de allí, le preguntó si estaba cansada. A seguida dió a entender que él, por su parte, se sentaría de la mejor gana.

—Podríamos sentarnos—balbuceó.

—No—contestó ella,—no quiero.

—Mira, nos tenderíamos como el otro día, en medio de los prados. Tendríamos calor y estaríamos a pedir de boca.

—¡No quiero, no quiero!

Habíase apartado de un salto, espantada con aquellos brazos de hombre que se tendían hacia ella. Sergio la llamó gran tonta y quiso volverla a coger. Mas al tocarla apenas con las yemas de los dedos, Albina lanzó un grito tan desesperado que se detuvo tembloroso.

—¿Te he hecho mal?

La joven no contestó en seguida, asombrada por su grito y sonriendo ya por su miedo.

—No, déjame, no me atormentes... ¿Qué sería lo que haríamos así que estuviésemos sentados? Por mi parte, prefiero andar.

Y agregó, con semblante grave que fingía ser chancero:

—Ya sabes que ando en busca de mi árbol.

Entonces él se echó a reír y le ofreció que buscaría con ella. Presentábase con gran dulzura, a fin de no asustarla más aún; pues bien veía que se encontraba temblorosa, por más que hubiese reanudado su andar lento al lado suyo. Lo que iban a hacer allí, cosa era prohibida y no les produciría ningún suceso feliz; y Sergio, al par que ella, sentíase pasto de delicioso terror, que le agitaba con un estremecimiento, a cada lejano suspiro de la selva. El olor de los árboles, la verdosa claridad que se desprendía de las altas ramas, el cuchicheador silencio de las malezas, henchidas de angustia, como si fuesen, al recodo del primer sendero, a entrar en una felicidad terrible.

Y hora tras hora, anduvieron al través de los árboles. Llevaban sus andares de paseo; apenas cruzaban algunas palabras, no se separaban ni un minuto y seguíanse al fondo de los huecos de verdura más obscurecidos. Empezaron por penetrar en los sotos, cuyos jóvenes troncos no tenían el grosor del brazo de un niño. Tenían que separarlos, abrirse paso entre los tiernos vástagos que les cerraban los ojos con el volador encaje de sus hojas. Tras de ellos sus huellas se borraban y el abierto sendero se volvía a cerrar; adelantábanse al azar, perdidos, yendo de acá para allá, no dejando a su paso sino el balanceo de las altas ramas. Albina, cansada de no ver a los tres pasos, sintióse feliz, cuando pudo saltar fuera de aquel enorme ramaje, cuyo término buscaban largo rato hacía. Hallábanse en el centro de un claro de vereditas; de todos lados, entre los setos vivos, distribuíanse angostas avenidas, dando vueltas sobre sí mismas, cortándose, retorciéndose por modo caprichoso. Alzábanse sobre las puntas de los pies para mirar por encima de los setos; mas no sentían ninguna prisa, y de buena gana habrían permanecido allí, entre-

gándose a continuas vueltas y revueltas y disputando del placer de andar juntos sin llegar jamás, a no haber tenido delante de ellos la terrible línea de los altos arbolados. Entraron por último bajo éstos, religiosamente, con un tanto de sagrado terror, como se entra bajo la bóveda de una iglesia. Los troncos rectos, blanqueados por los líquenes, con el lívido gris de piedra vieja, ascendían desmesuradamente, alineando hasta lo infinito hondonadas de columnas. A lo lejos, abríanse naves, con sus partes laterales más sofocadas por el ramaje; naves extrañamente atrevidas, sostenidas por delgadísimos pilares, dentellados, adornados y con tal delicadeza labrados, que dejaban pasar por todas partes el azul del cielo. Un religioso silencio se desprendía de las gigantescas ojivas; una austera desnudez daba al suelo el desgaste de las losas, lo endurecía, sin una hierba, sembrado tan sólo con el rojizo polvo de las hojas muertas. Y escuchaban la sonoridad de sus pasos, penetrados de la grandiosa soledad de aquel templo.

Allí indudablemente debía de encontrarse el árbol tan buscado, cuya sombra proporcionaba la felicidad perfecta. Sentíanle junto a ellos, en el encanto que les producía, con la semiclaridad de las altas bóvedas. Los árboles les parecían seres de bondad, rebosantes de fuerza, de silencio, de inmovilidad feliz. Mirábanlos uno a uno, amábanles a todos y esperaban de su soberana tranquilidad alguna declaración que les hiciese crecer como ellos, en la jubilación de una vida poderosa. Los erablos, los fresnos, los ojaranzos, los cerezos silvestres, constituían un pueblo de colosos, una muchedumbre de orgullosa dulzura, de heroicos bonachones que vivían de la paz, puesto que la caída de uno de ellos habría bastado para aplastar y destruir todo un rincón del bosque. Los olmos tenían corpulencia enorme, miembros hinchados, repletos de savia, ocultos apenas con los ligeros ramilletes de sus pequeñas hojas. Los abedules, los alisos, con sus blancuras

de muchacho, arqueaban sus delgados talles, abandonaban al viento sus cabelleras de grandes diosas, metamorfoseadas ya en árboles. Los plátanos erguían sus torsos regulares, cuya tez lisa, tatuada de rojo, parecía dejar caer placas de pintura escamosa. Los alerces, a la manera de una banda salvaje, bajaban una pendiente, envueltos en sus ropajes de verdura tejida, perfumados con un bálsamo compuesto de resina y de incienso. Y las encinas eran reyes, encinas inmensas, recogidas en cuadro sobre sus rechonchos vientres, extendiendo brazos dominadores, que tomaban todo su espacio al sol; árboles titanes, heridos del rayo, derrumbados en actitudes de luchadores no vencidos, cuyos esparcidos miembros plantaban por sí solos un bosque entero.

—¿No era por ventura alguna de aquellas encinas gigantescas, o bien uno de aquellos hermosos plátanos, uno de aquellos olmos cuyos músculos crugían? Albina y Sergio penetraban cada vez más, sin saber ya a dónde, sumergidos en medio de aquella turba. Por un instante creyeron haber dado con lo que buscaban; hallábanse en medio de un cuadrado de nogales, bajo una sombra tan fría, que pusieron a tiritar. Mas allá, experimentaron otra emoción, al penetrar en un bosquecillo de castaños, cubierto de verde musgo, con prolongaciones de extravagantes ramas, sobrado extensas para construir sobre ellas pueblos suspendidos. Más lejos todavía, Albina descubrió un claro, en donde ambos corrieron jadeantes. En el centro de una alfombra de fina hierba, un algarrobo se ofrecía como un derrumbamiento de verdura, una Babel de hojarasca, cuyas ruinas se cubrían de vegetación extraordinaria. Piedras había que quedaban aprisionadas en la ladera, arrancadas del suelo por la ola creciente de la savia. Las altas ramas se encorvaban e iban a fijarse a lo lejos, rodeando el tronco de profundos arcos y de una multitud de nuevos troncos, sin tregua multiplicados. Y sobre la corteza,

agujereada toda con hendiduras sanguinolentas, las vainas de las algarrobas maduraban. Hasta el fruto del monstruo era un esfuerzo que le agujereaba la piel. Dieron con lentitud la vuelta a su alrededor, penetraron bajo las ramas extendidas, en donde parecían cruzarse las calles de una ciudad, y registraron con la mirada las grandes hendiduras de las raíces desnudas de corteza. Después emprendieron la vuelta, sin haber sentido allí la sobrehumana felicidad, en cuya busca iban.

—¿En dónde estamos?—preguntó Sergio.

Albina lo ignoraba. Nunca se había dirigido a aquel lado del parque. Encontrábanse entonces en un ramillete de citisos y de acacias, de cuyos racimos se desprendía una dulcísima fragancia, casi azucarada.

—Henos ya perdidos—dijo Albina sonriendo.—Con seguridad, no conozco estos árboles.

—Pero—repuso él,—el jardín, sin embargo, tiene su límite. ¿No sabes en dónde está?

Albina hizo un prolongado gesto.

—No contestó.

Y permanecieron sin decir una palabra, no habiendo experimentado hasta entonces una sensación más agradable de la inmensidad del parque. Sentíanse embelesados, al hallarse solos, en medio de un dominio de tan gran extensión, que hasta habían de renunciar a enterarse de sus linderos.

—Pues bien, estamos perdidos—repitió Sergio alegremente. Es lo mejor, cuando no se sabe a dónde se va.

Se acercó a Albina, con toda humildad.

—¿No tienes miedo?—le preguntó.

—¡Oh, no! No estamos más que tú y yo en el jardín... ¿De quién quieres que tenga miedo? Las tapias son demasiado altas. Nosotros no las vemos, pero nos guardan ¿comprendes?

Sergio se encontraba muy junto a ella.

—No hace mucho rato tuviste miedo de mí—murmuró.

Pero ella le miraba al rostro, serena, sin un aleteo de sus párpados.

—Me hacías mal—le contestó.—Ahóra tu semblante indica la mayor bondad. ¿Por qué habría de tener miedo de ti?

—Entonces ¿me permitirás que te coja así? Volvemos bajo los árboles.

—Sí. Puedes estrecharme, pues eso me gusta. Y caminemos pasito a pasito ¿no te parece? para que no encontremos demasiado pronto el camino.

Habíale rodeado con el brazo la cintura. Así fué como volvieron a las altas arboledas, en donde la majestad de las bóvedas moderó todavía más su paseo de niños grandes que se despertaban al amor. Albina se dió por un tanto consolada, por lo que apoyó la cabeza sobre el hombro de Sergio. No obstante, ni uno ni otro hablaron de sentarse; no pensaban en semejante cosa, pues esto les habría hecho mala obra. ¿Qué gozo podría proporcionarles un descanso sentados en la hierba, comparado con la alegría que disfrutaban, andando siempre al ladito uno del otro? El árbol legendario relegado quedó al olvido. Ya no pensaban sino en acercar sus rostros, para sonreirse de más cerca aún. Y eran los árboles, los erablos, los olmos, las encinas, los que en su clara sombra, les infundían sus primeras palabras de ternura.

—¡Te amo!—decía Sergio con ligera voz que movía los cortos cabellos dorados de las sienas de Albina.

Quería dar con otra palabra, pero repetía:

—¡Te amo, te amo!

Albina escuchaba con inefable sonrisa. Iba aprendiendo aquella música.

—Te amo, te amo—suspiraba con mayor delicia, con su argentina voz de jovencita.

Después, alzando sus azules ojos, en los que una aurora de luz resplandecía, preguntó:

—¿Y cómo me amas?

Entonces Sergio se recogió en sí mismo. La ar-

boleada ofrecía una solemne dulzura, las profundas naves conservaban el estremecimiento de los ensordecidos pasos de la pareja.

—Te amo más que a todo—contestó.—Tú eres más hermosa que cuanto se me ofrece a la vista por la mañana al abrir la ventana. Cuando te miro, tú eres mi todo. Yo no querría tener más que a ti para sentirme del todo dichoso.

Albina bajaba los párpados y movía la cabeza como si la meciera.

—Te amo—continuaba Sergio.—No te conozco, no sé quién eres, de dónde vienes; no eres ni mi madre ni mi hermana; y te amo hasta el punto de darte todo mi corazón, sin conservar ni un átomo para el resto del mundo... Escúchame, amo tus mejillas como el raso sedosas, amo tu boca que exhala olor de rosas y claveles, amo tus ojos en los cuales me veo con mi amor, amo hasta tus pestañas, hasta tus delicadas venas que azulean la palidez de tus sienas... Todo es para decirte que te amo, que te amo, Albina.

—Sí, también yo te amo. Tienes una barba tan sedosa, que no me hace daño alguno cuando apoyo la frente sobre tu cuello. Eres alto, robusto, hermoso. Te amo, Sergio.

Y por un instante se mantuvieron silenciosos, embelesados. Parecía que una armonía de flauta les precedía, que sus palabras les llegaban de una orquesta suave oculta a sus miradas. Ya no se iban sino a menudos pasos, inclinados el uno hacia el otro, dando vueltas sin fin entre los gigantes troncos. A lo lejos, a lo largo de las columnas, veíanse rayos de sol poniente, semejantes a un desfile de niñas en traje blanco, entrando en la iglesia, para la celebración de una boda, al sonoro murmurar de los órganos.

—¿Y por qué me amas?—preguntó nuevamente Albina.

Sergio se sonrió y no contestó en seguida. Después dijo:

—Te amo porque has venido. Esto lo dice todo. Ahora nos encontramos juntos y nos amamos. Me parece que no viviría, si no te amara. Tú eres el aliento de mi vida.

Bajó la voz, hablando como en sueños:

—Esto no se sabe en seguida; brota en nosotros con nuestro corazón. Hay que crecer, ser fuerte... ¿No haces memoria de cómo nos amábamos? No lo decíamos. Se es niño, se es más que tonto. Luego el día menos pensado, resulta demasiado claro y se os escapa... ¡Bah! Nosotros no tenemos otra cosa en que pensar; nos amamos porque nuestra vida es amarnos.

Albina, con la cabeza echada atrás y con los párpados completamente cerrados, retenía el aliento. Saboreaba el silencio, tibio aún, de aquella caricia de palabras.

—¿Me amas? ¿Me amas?—balbuceaba sin abrir los ojos.

El joven se quedó mudo, sintiéndose muy desgraciado, por no encontrar ya nada que decirle para demostrarle que la amaba. Paseaba lentamente la mirada por su semblante de rosa, que se abandonaba como adormecido; los párpados tenían la delicadeza de la seda viviente; la boca ofrecía un pliegue adorable, húmeda con su sonrisa; la frente era una pureza sumergida en dorada línea en la raíz de sus cabellos. Y él habría querido dar todo su ser en la palabra que sentía en los labios, sin poderla pronunciar. Entonces se inclinó más todavía, pareciendo buscar en qué exquisito lugar de aquel rostro depositaría la palabra suprema. No dijo nada y sólo pudo exhalar un ligero suspiro. Besó los labios de Albina.

—Albina, te amo.

—Te amo, Sergio.

Y se detuvieron, estremecidos por aquel primer beso. Albina había abierto desmesuradamente los ojos y él permanecía con la boca ligeramente hacia adelante. Ambos, sin ruborizarse, se miraban. Al-

go de más poderoso que ellos, de soberano, les invadía; era como un encuentro por largo tiempo esperado, en el cual veíanse engrandecidos, hechos el uno para el otro y ligados para siempre jamás. Asombráronse por un instante, alzaron sus miradas hacia la religiosa bóveda de follaje, pareciendo interrogar el apacible pueblo de los árboles para encontrar el eco de aquel primer beso. Mas en presencia de la serena complacencia de la arboleda, experimentaron un regocijo de enamorados impunes, una alegría profunda, ruidosa, rebosante de la murmuradora manifestación de su ternura.

—¡Oh! háblame de los días en que me has amado. Dímelo todo. ¿Me amabas cuando dormías sobre mi mano? ¿Me amabas cuando me caí del ceceo, cuando te encontrabas abajo, tan pálido y con los brazos tendidos? ¿Me amabas en medio de las praderas, cuando me cogías por la cintura para hacerme saltar por encima de los arroyos?

—Cállate, déjame hablar. Siempre te he amado... Y tú ¿me amas, me amas?

Hasta la noche vivieron de la palabra amar, que, sin cesar, volvía con nueva dulzura. Buscábanla, la atraían a sus frases, la pronunciaban fuera de propósito, por el sólo placer de pronunciarla. Sergio no pensaba en depositar un segundo beso en los labios de Albina. Bastaba a su ignorancia conservar el aroma del primero. Habían dado por fin con el camino, sin que nada del mundo les hubiesen importado los senderos. Cuando salían de la selva, el crepúsculo había caído ya, y alzábase la luna, amarilla, entre los verdores negros.

Y fué aquél un regreso encantador, en medio del parque, con aquel discreto astro que les miraba por todos los claros de los grandes árboles. Albina aseguraba que la luna les seguía. La noche se ofrecía muy suave, cuajada de estrellas. A lo lejos los grandes árboles presentaban un gran mur-

murio que Sergio escuchaba, pensando: "Hablan de nosotros."

Cuando atravesaron el jardín, anduvieron en una fragancia extraordinariamente suave, en esa fragancia que exhalan las flores en la noche, más lánguida, más acariciadora, que es como la propia respiración de su sueño.

—Buenas noches, Sergio.

—Buenas noches, Albina.

Habíanse cogido las manos, en el pasillo del piso primero, sin entrar en la habitación, en donde tenían la costumbre de darse las buenas noches. No se besaron. Cuando Sergio se encontró solo, sentado en el borde de la cama, escuchó por largo rato a Albina, que se acostaba, allá arriba, sobre su cabeza. Sentíase fatigado, por una felicidad que le adormecía los miembros.

XII

Pero los siguientes días, Albina y Sergio permanecieron cortados uno delante del otro, evitando hacer la menor alusión a su paseo bajo los árboles, no habían cambiado un solo beso y no se habían dicho que se amaban. No era precisamente la vergüenza lo que les impedía hablar, sino un temor, un miedo de menoscabar su alegría. Y cuando dejaban de estar juntos, tan sólo vivían de sus seductores recuerdos; entregábanse a ellos, haciendo revivir las horas que habían pasado, con los brazos en la cintura, acariciándose el rostro con su aliento. Aquello acabó por comunicarles una ardiente fiebre. Mirábanse, doloridos los ojos, muy tristes y hablando de cosas que nada les interesaban. Luego, tras de prolongados silencios, Sergio preguntaba a Albina con acento de inquietud:

—¿Sufres?

La joven movía la cabeza y contestaba:

—No, no. Tú eres el que no te sientes bien. Te arden las manos.

El parque les ocasionaba una sorda inquietud que no se podían explicar. A la vuelta de cada sendero había un peligro que les acechaba, que les cogería por el cuello para arrojarles al suelo y producirles mal. Nunca abrían la boca para hablarse de estas cosas; pero ante ciertas cobardes